

LO PUESTO

La Transición realizó, mediante la Reforma, una síntesis política entre lo dado de modo inmediato por la dictadura a la conciencia ingenua del poder—común a gobernados y clase dirigente a causa de la falta de libertad de pensamiento—, y lo puesto de modo deliberado por la conciencia reflexiva de los hombres del Estado y de los partidos ilegales de la oposición. Más profunda y menos consciente, la conciencia ingenua se reflejó y cristalizó en el Consenso político. Mientras que la conciencia reflexiva lo hizo en la Constitución. Como ésta derivó de aquél, lo dado o impuesto por la situación anterior comunicó su esencia constitutiva a lo puesto con una Constitución construida, en nombre de la libertad, sobre el suelo firme de la dictadura.

La Reforma desorganizó la forma del Estado autoritario que la engendró, pero respetó los fundamentos antidemocráticos del poder estatal. Por su parte, el Consenso confundió en un abrazo a los antiguos adversarios mediante una síntesis ingenua y emocional que, en lugar de superar la contrariedad radical existente entre ellos, con una nueva tesis opositora de contrarios, transformó llanamente la anterior oposición al poder sin control, en una posición compartida de poder incontrolado. Lo puesto por la Constitución resultó ser así, como no podía ser de otro modo, una nueva posición o colocación de los partidos en la estructura de poder del Estado. De esta manera brutal, pero eficaz, lo opuesto a la posición estatal de los partidos sólo podría ser ya, como en la dictadura, lo puesto por el terrorismo o la subversión.

Desde el punto de vista del poder político, la Transición no ha realizado un cambio de naturaleza sustancial en las relaciones de mando gubernamental, y de obediencia gobernada, pero sí un movimiento traslativo de los partidos constitucionales desde la Sociedad al Estado. El cambio político en la Sociedad civil sólo afectó a las relaciones jurídicas nacidas de la conversión de las libertades personales en derechos subjetivos. Por eso, lo puesto por la Transición en la Sociedad tiene carácter verdaderamente liberal y progresista. Mientras que lo puesto en el Estado, la oligarquía de partidos, es antidemocrático y reaccionario. La ignorancia de lo que es libertad política colectiva, junto a la propaganda democrática del Estado de partidos que se construyó accidentalmente en los países europeos, como emergencia de la derrota bélica del nazifascismo y la previsión de guerra fría, han permitido que las libertades civiles califiquen de democracia política a la oligarquía de partidos estatales vigente en Europa. El precio que se está pagando en corrupción y desesperanza, por mantener esta ficción política, que sin guerra fría ha dejado de ser utilitaria, es demasiado alto.

Sin oposición, las cosas naturales



tienden a ponerse en su lugar propio. Las de la ambición, a poner o sentar un nuevo mundo al que ocupar. Sin oposición, la ambición de partido consiste en ponerse básicamente a sí misma como existencia constituyente del mundo político, en autoponerse como necesidad constitutiva de la única realidad política. El sentimiento de esa necesidad es el de su libertad, negadora de cualquier otra libertad distinta de la de partido. Al ponerse a sí misma sin oposición, la esencia de partido implica la imposición de una vida política coercitiva a la existencia individual y la ponencia de una visión partidista a la existencia colectiva. Lo puesto con el Consenso extirpó de raíz toda posibilidad de ponencia y de ser ponente en la persona individual; negó la ponencialidad de la conciencia que, al decir de Ortega, «es lo más constitutivo de toda conciencia». Lo puesto en el Estado por la Transición implicó lo impuesto, es decir, lo no puesto, a la Sociedad. Libertad de ponencia en la vida pública y personalidad moral.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

DEBERES CON LOS INMIGRANTES

«Hoy día ser explotado es un privilegio». Hace unos años leí esta lúcida y denunciadora afirmación, en un artículo de un teólogo, comprometido, y buen conocedor de los problemas del Tercer Mundo. La he glosado



de palabra y por escrito en numerosas ocasiones. La había percibido, hecha realidad, al recorrer países en que masas enteras, mayoritarias, sobrevivían, improvisada oportunísticamente, al margen de un trabajo productivo. Y, ahora, de un modo inevitable, me viene a las mientes, al verla en el entorno más inmediato, escenificada dramáticamente. Son hombres y mujeres que llegaron de muy diversos puntos del planeta. De nuestra América Latina, del Magreb de Pakistán, de la Europa oriental. Todos territorios «nuestros», como acabo de escribir de América Latina—aunque ésta lo sea de un modo especial—si somos sensibles, para la solidaridad que debería unir a todos los seres humanos. Y muchos de ellos han tenido que encerrarse en iglesias de muy distintos lugares de España, dramáticamente, en huelgas de hambre, algunos levantándose amarrados a cruces, para llamar la atención sobre su desamparo.

Podemos recordar los encierros que sobre este mismo suelo ibérico tuvieron lugar hace años,

bajo la dictadura. Se reclamaba justicia y derechos humanos frente a un régimen opresor. ¿Qué reclaman, qué piden, ahora estos hombres y mujeres? Algo tan elemental como un puesto de trabajo, es decir, un espacio en que contribuir con su esfuerzo a la creación de bienes, de una riqueza de la cual sólo les llegará una mínima parte. Pero que, al menos, les permitirá subsistir. Es decir un lugar bajo el duro sol de la explotación que domina las relaciones laborales en la sociedad capitalista.

Llegaron en duros y arriesgados viajes, en que, como diría Jorge Manrique, tuvieron que «poner la vida al tablero». E, incluso, muchos de sus acompañantes se la dejaron en las aguas del mar. A veces venían engañados por mafias explotadoras. Y no viajaban por placer, para hacer turismo, precisamente. Hufan de la miseria que atenaza a una parte mayoritaria de la humanidad; escapaban hacia un mundo mitificado, que ahora les cierra las puertas que golpean con desesperación. Un mundo en que, a pesar de las pomposas «declaraciones de derechos humanos», la categoría de «humano» parece haber desaparecido. Unos somos «consumidores» y a veces de productos envenenados por la industria alimentaria, y su afán de lucro, como estamos viendo. Otros son «inmigrantes», tratados a través de una categoría burocrática y recelosa, sometidos a un despótico papeleo.

Pero su viaje y dramática situación han de ser vistos a la luz de una responsabilidad colectiva. Son las víctimas de un mundo cada vez más injusto en el reparto de la riqueza, del trabajo, de la cultura, de los derechos humanos. Cruelmente escindido entre un Primer Mundo, que dilapida y poluciona física y moralmente el planeta y un Tercer Mundo empobrecido y abandonado. Cuyos problemas no se van a resolver precisamente, como proponía Clinton, con la difusión del internet y los teléfonos móviles. Un Primer Mundo, cuyo interior cobija también, no lo olvidemos, bolsas de miseria, que devorarán a muchos de estos inmigrantes.

La responsabilidad colectiva a que he aludido, ciertamente, es muy desigual. Corresponde decisivamente a los dirigentes que tienen en sus manos el poder, a los beneficiarios a quienes éstos sirven, a sus ideólogos y ejecutores. Se reúnen en cumbres en que, falazmente, se habla de «globalización», cuando ni siquiera el trabajo, no digamos la riqueza, está globalizado. Pero todos tenemos una parte de responsabilidad, por el deber de luchar contra la injusticia y ver los problemas de las víctimas de esta injusticia, de los inmigrantes y explotados, no como algo distante y ajeno, sino como una herida que a todos nos afecta.

En el análisis crítico de la sociedad capitalista habíamos manejado categorías clásicas como las de explotación, alienación, plusvalía. Siguen siendo válidas pero ahora, más allá de ellas, en la degradación en que se ha hundido nuestro mundo se levanta la de la marginación masiva, la de la exclusión de inmensas multitudes, especialmente del Tercer Mundo, del trabajo productivo y su retribución salarial. Mientras el capitalismo grita, más prepotente que nunca, tal como Lidia Falcón titula un lúcido libro suyo: «Trabajadores del mundo rendidos».

Carlos PARÍS

SÓLO PARA MUJERES

La ministra de Sanidad, Celia Villalobos, sigue en silencio, pero el eco de sus palabras pasadas llena todavía las redacciones de los medios y los pasillos del Ministerio. Y hasta el espía sanitario han llegado las ondas de una reunión que, eso asegura, mantuvo la ministra con siete mujeres, todas ellas representantes de colegios de Farmacéuticos.

No se sabe si se trataron en la mesa asuntos de corte feminista, o si la discriminación de sexos, positiva en este caso, se redujo a no invitar a la reunión a boticarios varones, porque también los hay, y muchos, que son presidentes de sus respectivos colegios pro-

fesionales. Piensa Juan Bravo que, de acuerdo con lo relatado por el espía, quería doña Celia sentirse más cómoda, entre mujeres, cuando, como una confidencia, anticipase que se acerca el momento de que los medicamentos de mayor venta (son precisamente los se pueden anunciar en la televisión), salgan de las farmacias y puedan venderse en las estanterías de los «hiper», como las papillitas para bebés y el esparadrápulo. ¿Será que el Gobierno no tiene ya bastantes frentes abiertos como para disponerse a encender uno nuevo?

Juan BRAVO

